

Colección Azulejos

ADELA BASCH

**Las increíbles aventuras de
don Quijote
y
Sancho Panza**

Contadas para los chicos

ILUSTRACIONES DE FERNANDO CALVI

Estrada

Coordinación general de Pedro Saccaggio.
Director de colección: Alejandro Palermo.
Edición y actividades: Alejandro Palermo.
Corrección: Ignacio Miller.
Realización gráfica: Olga Lagleyze y Juan Deleau.
Documentación gráfica: María Alejandra Rossi.
Jefe del Departamento de Diseño: Rodrigo R. Carreras.
Jefe de Prerensa y Producción Editorial: Carlos Rodríguez.

Basch, Adela
Las increíbles aventuras de don Quijote y Sancho Panza
/ Adela Basch; dirigido por Alejandro Palermo - 1ª edición, 1ª reimpresión Buenos Aires:
Estrada, 2006.
80 p., 19 x 14 cm - (Azulejos Niños; 30)
ISBN 950-01-1007-5
1. Material Auxiliar de Enseñanza. I. Palermo, Alejandro, dir. II. Título
CDD 371.33

Colección Azulejos - Niños
Ángel Estrada y Cía. S. A., 2006.
Bolívar 462, Buenos Aires, Argentina.
Internet: www.estrada.com.ar
E-mail: azulejos@estrada.com.ar
Impreso en la Argentina.

ISBN 950-01-1007-5
ISBN 978-950-01-1007-5

Índice

<u>Biografía de Cervantes.....</u>	<u>5</u>
<u>Aventuras increíbles.....</u>	<u>5</u>
<u>La autora de esta versión.....</u>	<u>5</u>
<u>Las increíbles aventuras de.....</u>	<u>7</u>
<u>don Quijote y Sancho Panza.....</u>	<u>7</u>
<u>1.....</u>	<u>9</u>
<u>Don Quijote se lanza a la aventura.....</u>	<u>9</u>
<u>2.....</u>	<u>15</u>
<u>Don Quijote es nombrado caballero.....</u>	<u>15</u>
<u>.....</u>	<u>18</u>
<u>3.....</u>	<u>19</u>
<u>Don Quijote defiende el buen nombre de Dulcinea.....</u>	<u>19</u>
<u>4.....</u>	<u>23</u>
<u>Sancho Panza se convierte en escudero.....</u>	<u>23</u>
<u>5.....</u>	<u>25</u>
<u>Don Quijote lucha contra los gigantes.....</u>	<u>25</u>
<u>6.....</u>	<u>29</u>
<u>Don Quijote libera a una princesa.....</u>	<u>29</u>
<u>7.....</u>	<u>33</u>
<u>Don Quijote entra en una batalla.....</u>	<u>33</u>
<u>8.....</u>	<u>37</u>
<u>Don Quijote conquista el yelmo de Mambrino.....</u>	<u>37</u>
<u>ACTIVIDADES.....</u>	<u>41</u>
<u>Para comprender la lectura.....</u>	<u>41</u>
<u>Para escribir.....</u>	<u>43</u>
<u>Para integrar.....</u>	<u>44</u>

Biografía de Cervantes

Miguel de Cervantes Saavedra nació en España, en 1547, y murió en 1616. En conmemoración del día su fallecimiento, todos los 23 de abril celebramos el Día del Idioma. Cervantes tuvo una vida llena de peripecias: viajó por muchas ciudades, luchó como soldado, tuvo que enfrentar la pobreza y padeció varios años de cautiverio. En 1571, mientras combatía valerosamente en la batalla de Lepanto, fue herido y perdió el movimiento del brazo izquierdo, por lo que también se lo recuerda como "el manco de Lepanto".

Vivió en una época de esplendor de la literatura española y hoy es reconocido como su autor más importante. Se destacó en todos los géneros: poesía, teatro y narrativa. Algunas de sus obras son: *Novelas ejemplares* (1613), *Viaje del Parnaso* (1614), *Comedias y entremeses* (1615). Pero su creación más admirable fue la de una novela que haría historia: el *Quijote*, que se publicó en dos partes (1605 y 1615). Han pasado 400 años desde entonces y, sin embargo, este personaje creado por Cervantes continúa siendo uno de los más queridos de todos los tiempos.

Aventuras increíbles

¿Quién es don Quijote? Un señor, ya bastante entrado en años, que se la pasaba leyendo novelas de caballeros andantes. Y tantas novelas leyó, que un día empezó a creer que él mismo era un caballero andante, y que su destino debería ser igual que el de los personajes que poblaban ese mundo de fantasía.

A partir de esta situación, Cervantes escribió una serie de aventuras que se van encadenando a lo largo de los viajes que hace don Quijote a través de los campos de Castilla, tratando de realizar las mayores proezas y provocando el desconcierto de todos los que se cruzan por su camino. La lectura de la novela de Cervantes es una de las experiencias más divertidas que pueda ofrecernos la literatura. Y gran parte de la diversión se encuentra en los desopilantes diálogos que don Quijote mantiene con su compañero Sancho Panza, un campesino bastante ingenuo, pero con muchísimo sentido común.

En este libro, Adela Basch nos invita a recorrer el increíble mundo de don Quijote y Sancho, y nos lleva a compartir con ellos algunas de sus aventuras más disparatadas.

La autora de esta versión

Adela Basch nació en la ciudad de Buenos Aires, el 23 de noviembre de 1946. Es egresada de la carrera de Letras en la Universidad Nacional de Buenos Aires. En 1979, se estrenó su primera obra de teatro: *Abran cancha, que aquí viene don Quijote de la Mancha*. Desde entonces, ha continuado escribiendo y

publicando libros, que maravillan y divierten por su continuo descubrimiento de las posibilidades de jugar que ofrecen las palabras. Algunas de sus obras son: *Saber de las galaxias* (cuentos, 2001), *Una luna junto a la laguna* (cuento, 2002), *Colón agarra viaje a toda costa* (teatro, 1992), *José de San Martín, caballero del principio al fin* (teatro, 2001), *¡Que sea la Odisea!* (teatro, 2003), *Que la calle no calle* (poemas, 2005).

En este libro Adela Basch vuelve a encontrarse con dos de sus personajes favoritos: don Quijote y Sancho. Y nos lleva a viajar con ellos. Porque, como ella dice, "viajar significa dejar el lugar en que se está para dirigirse a otro. Y eso siempre ocurre al leer. Dejamos todo lo inmediato para ir, por ejemplo, a la página de un libro y adonde esta nos lleve. Por eso, en mi parecer, todos los libros son libros de viajes".

**Las increíbles aventuras de
don Quijote y Sancho Panza**

Don Quijote se lanza a la aventura

En un lugar de La Mancha del que prefiero no recordar el nombre, justamente porque queda en La Mancha y por eso me hace acordar de que todo el tiempo me mancho con lo todo lo que se les ocurra, especialmente con la tinta con la que escribo, y también con salsa, tuco, mate, café y cualquier cosa que tenga a mano... Pero me estoy yendo por las ramas, así que mejor empiezo otra vez.

En un lugar de La Mancha del que prefiero no recordar el nombre, y por favor no me pregunten por qué prefiero no recordar el nombre, porque también prefiero no recordar por qué prefiero no recordarlo. Y ya me estoy yendo otra vez por las ramas. Bueno, voy a empezar de nuevo y esta vez, si aparecen ramas, ni las voy a mirar.

En un lugar de La Mancha del que prefiero no recordar el nombre, vivía hace mucho tiempo un hombre delgado y cincuentón que tenía un caballo tan flaco como él.

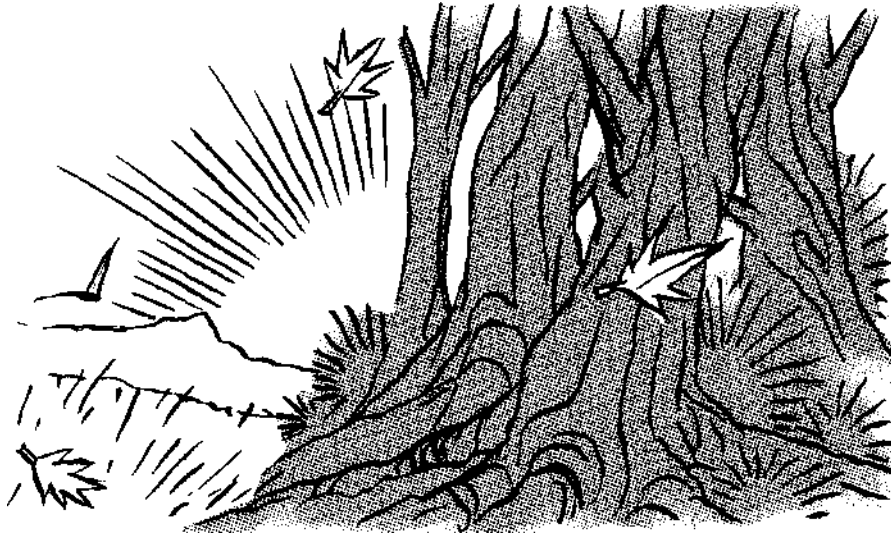
Comía poco y mal y algunos días se salteaba el almuerzo o la cena, y eso no quiere decir que preparaba unas verduras salteadas con aceite de oliva, sino que no comía. Y no porque quisiera mantener la línea, sino porque tenía la despensa vacía, igual que los bolsillos. Pero, para compensar, tenía la cabeza llena, pronto veremos de qué.

Posiblemente se llamara Quijana, pero algunos le decían Quijada y otros, Quesada, y no se sabe bien por qué, pero terminó siendo conocido como Quijote.



Tampoco se sabe bien por qué, pese a su pobreza, contaba con una empleada fiel, una mujer de unos cuarenta años que se encargaba de limpiar la

casa cuando estaba sucia, ya que él se encargaba de ensuciarla cuando estaba limpia. Y también vivían con él una sobrina adolescente y un muchacho que hacía algunas tareas que en esa época hacían los muchachos como ese: le ensillaba el caballo cuando estaba desensillado y se lo desensillaba cuando estaba ensillado. También le daba de comer al caballo cuando tenía hambre. Y cuando él tenía hambre, comía como un caballo, aunque no del mismo tipo de alimento.



Y como siempre había alguien que se ocupaba de realizar las tareas necesarias, él tenía poco para hacer. Además, parece ser que provenía de una familia de alcurnia, aunque su situación económica se había venido abajo en picada. Y en esa época no estaba bien visto que las personas de alcurnia trabajaran. Por eso tenía mucho tiempo libre. Y ese tiempo libre lo dedicaba a la lectura.

Pero, claro, en esa época muchos grandes escritores todavía no habían publicado sus libros; por ejemplo y sin ir más lejos, el mismo Miguel de Cervantes. Y ni hablar de la excelente literatura argentina y latinoamericana, que todavía ni siquiera había sido escrita.

El pobre hombre no tenía más remedio que leer las pésimas novelas que estaban de moda en su tiempo, que eran historias de caballeros andantes. Los protagonistas de esos novelones eran aventureros que iban de un lado a otro movidos por el afán de hacer justicia, conquistar el amor de una princesa, descabezar a un dragón, derrotar gigantes, deshacer encantamientos y entrometerse en toda situación que les pudiera deparar fama, renombre y fortuna. Al final no estaba del todo claro si lo que buscaban era ir por el mundo haciendo el bien o si más bien querían quedar bien con todo el mundo. Y lucirse lo más posible.

La cuestión es que este hombre consumía novelas de caballería como quien come chocolate. Y así como una persona puede volverse adicta a las golosinas y terminar con el hígado destrozado, él se engolosinó con esa clase de libros, con sus personajes, sus hazañas y sucesos, hasta que sus sesos quedaron carcomidos por tanta lectura indigesta. La lectura de las gestas caballerescas tenía para él tanto encanto, que llegó a vender gran parte de la tierra que aún le

quedaba para poder comprar más libros. Vivía tan enfrascado en ellos que la mente se le empezó a confundir y las páginas que leía a toda hora empezaron a conformar en su entendimiento una realidad más viva que la de sus experiencias cotidianas.

Conocía de memoria las insólitas aventuras de más de cien caballeros, y sus nombres y sus hazañas se agolpaban en su sien como modelos del sumo bien, a quienes anhelaba imitar.

La pasión de don Quijote por los caballeros andantes no tenía cura. Y para colmo, en los momentos en que no se dedicaba a la lectura, solía conversar con el cura del lugar, Paco Pérez, y con maese Nicolás, el barbero, acerca del mismo tema. Es decir, era un hombre monotemático, lo que no quiere decir que su tema predilecto fueran los monos y tampoco una combinación de monerías y matemática, sino que tenía un solo interés: las novelas de caballeros andantes. Y con el tiempo se convirtió en ejemplo de lo mal que puede hacer leer solamente lo que está de moda y no tener ningún discernimiento acerca de lo que se lee.

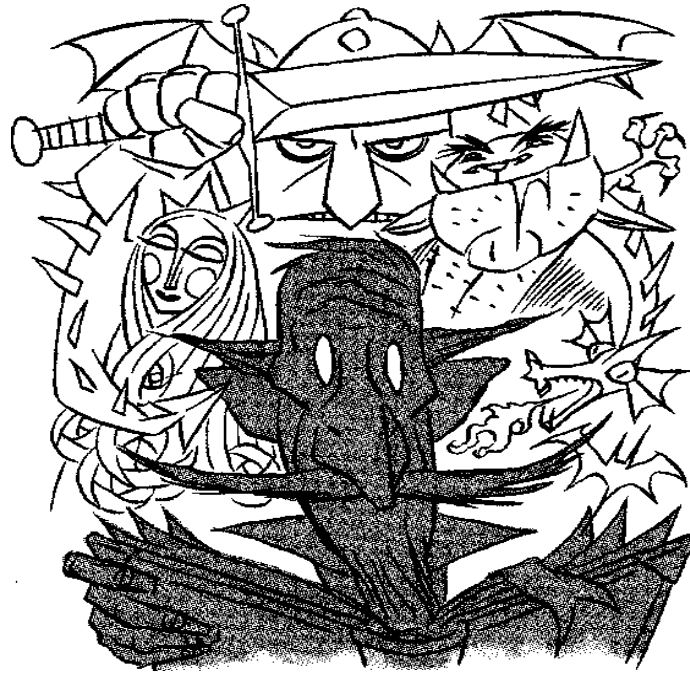
Con el cura y el barbero solía discutir quién había sido el caballero más valiente de toda la Tierra: si Amadís de Gaula o Palmerín de Inglaterra.

El caso es que los momentos de cordura de don Quijote eran cada vez más escasos. En cambio, sus momentos de gordura eran totalmente inexistentes, ya que tenía una delgadez extrema.

Muchos de los libros que leía estaban tan llenos de frases tan llenas de palabras tan llenas de sonidos rimbombantes y tan vacías de significado, que el cerebro se le estrujaba tratando de entenderlas y las ideas se le embrollaban todavía más de lo que ya las tenía.

Fue entonces cuando en su enmarañada cabeza despuntó una idea que puso puntos suspensivos a la vida que llevaba hasta ese momento y apuntó a convertirlo en héroe de puntiaguda lanza en mano, como los protagonistas de tanta novela que había leído.

El señor Quijana estaba a punto de transformarse en don Quijote. Sólo faltaban algunos detalles fundamentales para que naciera como caballero andante.



Como él bien sabía, gracias a tanta lectura, era imprescindible que un caballero tuviera un caballo. Sin dudarlo, se acercó al suyo, que a decir verdad era bastante entrado en años y salido de kilos. Es decir, ya no era joven ni brioso y le sobraba edad, del mismo modo que le faltaba peso. Pero como don Quijote había empezado a ver el mundo con unos ojos que transformaban todo lo que veían, lo encontró en excelentes condiciones. Y decidió que, de allí en más, lo llamaría Rocinante.



También sabía que la vida de un caballero andante no estaba completa sin la presencia de una mujer de la que estuviera totalmente enamorado y a la que dedicara sus triunfos y sus proezas. Don Quijote recordó que cerca de allí vivía

una campesina llamada Aldonza Lorenzo, y en un santiamén su imaginación la convirtió en una dama delicada y distinguida, dueña de su corazón. La bautizó con el nombre de Dulcinea del Toboso.

Durante toda una semana se dedicó a conseguir una armadura, un escudo, un casco y una lanza, elementos indispensables para un caballero andante, y a ponerlos en buenas condiciones. Y por fin, un día, antes del amanecer, partió sin despedirse de ninguna de las personas que conocía y se lanzó, lanza en mano, a la aventura.

Don Quijote es nombrado caballero

Eran tantos los caminos que se le presentaban, que don Quijote decidió tomar el que eligiera Rocinante. Seguramente, de ese modo se encontraría con los combates que su destino le tenía reservados. ¿Quién sería su primer contrincante? ¿Otro caballero? ¿O algún mago conocedor de embrujos y encantamientos? Se encomendó a su amada Dulcinea del Toboso, a quien dedicaría todas sus luchas, y comenzó a imaginar que, muy pronto, algún cronista coronaría sus hazañas escribiendo sobre él y haciéndolo famoso en el mundo entero.

Pero, de pronto, lo asaltó un pensamiento que le hizo dar un salto. ¡Se había salteado un paso importantísimo! ¡Era necesario que alguien le otorgara el nombramiento de caballero en una ceremonia realizada con ese fin! Así eran las reglas de la caballería y él no las podía pasar por alto, ni por un milímetro.

Estuvo a punto de dar marcha atrás, cuando otro pensamiento lo tranquilizó. Se haría nombrar caballero por la primera persona que encontrara. Bueno, por la primera persona que encontrara y que reuniera las condiciones necesarias. No podía ser cualquiera: tenía que ser otro caballero o alguien de la nobleza. Y tampoco se podía hacer en cualquier lugar. Debía ser un palacio o un castillo y, en lo posible, en una capilla. Y también era necesario que el futuro caballero pasara toda la noche de pie junto a sus armas, sin dormir. Eso se llamaba 'Velar las armas'.

Don Quijote y su caballo Rocinante anduvieron todo el día sin cruzarse con nadie. Cuando empezó a anochecer, ambos estaban a punto de desfallecer de hambre y de sed. De pronto, don Quijote vio luces a lo lejos y se dirigió decididamente hacia allí.

Cuando llegó, sus ojos vieron un castillo. Pero cualquier otra persona hubiera visto una posada de poca categoría donde se quedaban a pasar la noche personas que no pertenecían precisamente a la nobleza. Porque eso es lo que realmente era.

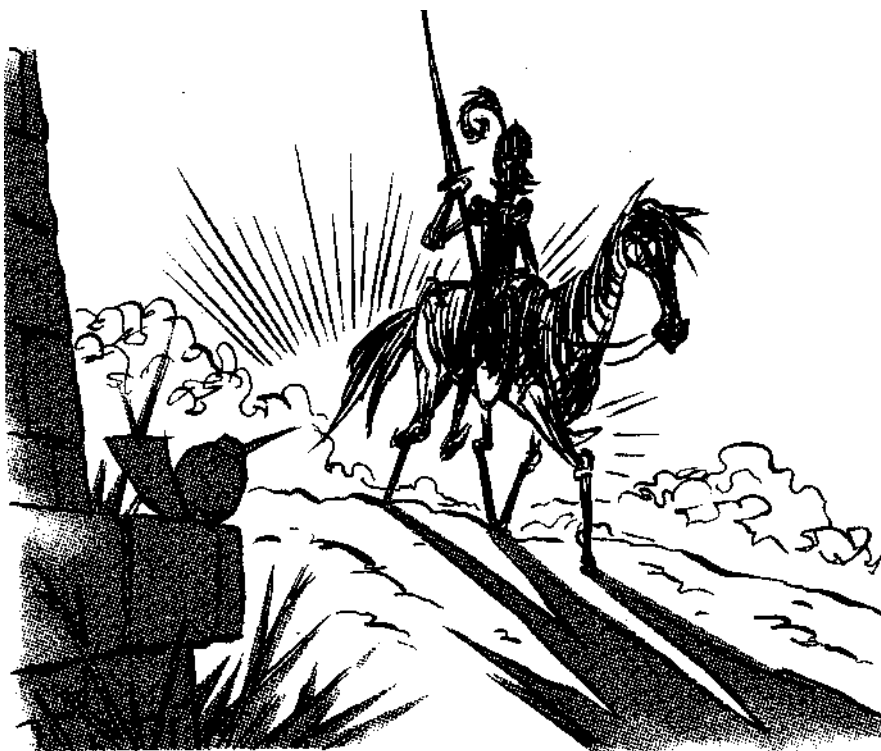
Pero don Quijote no veía las cosas como eran, sino como su imaginación se las dictaba. Y su imaginación siempre le dictaba que las cosas eran como en las novelas que tanto había leído. Para don Quijote, el borde que separaba la ficción de la realidad era inexistente y, por ausencia de ese borde, veía la vida real como un bordado hecho a semejanza de las aventuras y los personajes que poblaban su mente.

Y, en esas novelas, un caballero nunca dirigía sus pisadas hacia una simple posada, sino que, fuera rápido o despacio, siempre llegaba a un castillo o a un palacio. Y puesto que él se consideraba un apuesto caballero, tenía la certeza de estar ante un gran castillo de la región de Castilla, donde sin duda se quedaría a costillas del dueño para velar las armas y ser nombrado caballero.

Mientras se acercaba, esperaba que lo recibieran con trompetas. Y ya comenzaba a extrañarse de no oírlas, cuando un cuidador de cerdos hizo sonar un

cuerno para llamar a los animales y llevarlos a su corral. Don Quijote, todavía sentado sobre Rocinante, dio por sentado que el sonido era música ejecutada en su honor y que lo recibían con bombos y platillos. Y como su hambre era muy grande, también pensaba en los abundantes platillos de sabrosos alimentos con que lo convidarían.

En la entrada había dos campesinas, que nada tenían que ver con damas de alcurnia o señoras de la nobleza. Eran dos mujeres bastante vulgares y de toscos modales. Pero don Quijote las tomó por dos elegantes y delicadas princesas. En cuanto lo vieron acercarse con armadura, casco y lanza, se asustaron y trataron de salir corriendo, porque no era común encontrar gente que anduviera así por el mundo. Y del mismo modo que hay personas de las que se dice que son locos perdidos, para estas mujeres don Quijote era un loco que acaban de encontrar.



Él trató de detenerlas con palabras amables:

—No huyan, distinguidas damas, ni alberguen temor alguno al verme. Soy incapaz de hacerles el menor daño. Por el contrario, me pongo totalmente a sus órdenes. Pertenezco a una orden de caballería cuyos miembros somos caballeros de gran caballerosidad.

Al oír que las llamaba "distinguidas damas", las dos mujeres terminaron de convencerse de que estaba bastante chiflado y se echaron a reír. Justo cuando don Quijote estaba por ofenderse, llegó el dueño de la posada que él veía como un castillo.



El posadero comprendió que estaba ante un hombre al que le fallaba la cabeza; y cuando don Quijote lo tomó por un gran señor, le siguió la corriente. Le dio la bienvenida y lo invitó con una espantosa comida que don Quijote saboreó como si fuera el más delicioso manjar.

Pero una vez que sació su sed y su hambre y logró que lo mismo hiciera Rocinante, empezó a acosar al posadero y a pedirle que le permitiera velar las armas en su supuesto castillo y lo armara caballero. Era lo único que le faltaba para poder cumplir su sueño de ir por el mundo realizando hazañas.

Le dijo que no velarían las armas para no llamar la atención del resto de los huéspedes del castillo. Y que la capilla no se podía utilizar porque estaba en refacciones. Don Quijote expresó cierta decepción en sus facciones, y aunque las palabras del posadero no le gustaron ni medio, las aceptó porque no tuvo más remedio.

El posadero hizo que don Quijote se posara de rodillas ante él, tomó un libro cualquiera, lo abrió al azar y comenzó a pronunciar palabras absolutamente incomprensibles para cualquiera, pero que a don Quijote le parecieron las adecuadas para la ceremonia. Luego tomó la espada de don Quijote y le dio con ella un golpe sobre la espalda. Les dijo a las dos muchachas que le ataran la espada a la cintura y sentenció:

—Señor, yo ya hice mi parte. Ahora es hora de que usted parta.

Don Quijote montó sobre Rocinante y, dejando una estela de palabras de agradecimiento tras de sí, partió rumbo a la aventura, pensando en la fama que estaba a punto de adquirir y en su enamorada, Dulcinea del Toboso.



Don Quijote defiende el buen nombre de Dulcinea

Todavía flotaba en el aire la estela de agradecimientos de don Quijote, cuando este se encontró con un grupo de comerciantes de tela. Pero como los tomó por pobladores de su mundo imaginario, creyó que eran caballeros andantes como él. Se plantó en medio del sendero, frente a ellos, y con la frente en alto exclamó:

—¡Alto! ¡Alto! ¡Alto ahí!

Los comerciantes se miraron entre sí. Si alguien hubiera podido leer lo que decía la expresión de sus rostros, habría leído: "Este tipo está loco de remate".

Uno de ellos puso cara de tonto y preguntó:

—¿A cuál de nosotros se refiere al decir "alto"? Porque somos todos más bien de baja estatura. Por lo que veo, aquí usted es el único de mucha altura.

Don Quijote respondió de inmediato:

—Caballeros, parece que mis palabras no les resultaron claras.

—¡Pero qué clara ni qué yema ni qué huevo duro! ¡Y salga del medio porque tenemos apuro! — dijo uno de ellos con muestras de enojo en los ojos.

—Señores, yo no me refería a su altura. No me importa si son altos o bajos. Lo que quiero es que frenen su marcha.

—Por favor, salga del medio. No estamos de paseo. Tenemos mucho trabajo.

—Les digo que se de...

—¿Nos dice que sabe de qué?

—No, no digo que sé de algo.

—Y si no sabe, ¿para qué habla?



—Les digo que se dete...

—¿Nos dice "qué sed de té"? ¡Pero qué té ni qué café! ¿Qué quiere, que le

servamos un té? ¿Se cree que somos sus lacayos? ¡Haga el favor de salir del medio junto con su caballo! —exclamó el primero que había hablado, que seguía teniendo expresión de enojo en los ojos.

—¡Les digo que se detengan! Ninguno de ustedes dará un paso más si no declaran que la emperatriz Dulcinea del Toboso, la dueña de mi corazón, es la mujer más hermosa del mundo.

—Pero, dígame, pedazo de infeliz, ¿se puede saber quién es esa emperatriz? —gritó otro de los comerciantes, que ya había perdido la poca paciencia que tenía.

—Si no la conocen, la culpa es de su ignorancia. Pero, si quieren seguir adelante, deberán confesar que nadie la iguala en belleza y elegancia. ¡Digan que Dulcinea del Toboso no tiene par o no les permitiré pasar!

Inmediatamente, otro de los comerciantes exclamó:

—Todo el mundo sabe que Dulcinea del Toboso no tiene par... pado. ¡Ya está, ya lo dije! Ahora déjenos pasar.

—¡Usted es un irrespetuoso! ¡Los párpados más bellos son los de Dulcinea del Toboso! Y ninguno de ustedes dará un solo paso si no declaran que Dulcinea del Toboso es la dama más hermosa del universo entero.

—¿No tiene un retrato? —preguntó otro de los comerciantes—. ¡Tenemos que verla! ¡Si no, no hay trato!

—Le ruego —dijo otro de ellos en tono burlón—, en nombre de todos nosotros, que nos muestre un retrato, y diremos que es la más hermosa, aunque sea... ¡horriblemente fea y se parezca a una gallina que cacarea!

—¡No es fea, no se parece a una gallina y no cacarea! —vociferó don Quijote enfurecido—. ¡Ya van a ver cómo mi lanza los voltea! ¡Dulcinea tiene una cara bellísima! Pero ustedes pagarán cara su insolencia y sus insultos: ¡los voy a atravesar con mi espada como si fueran bultos!

Don Quijote se disponía a defender el honor de su amada con su lanza y con su espada, cuando Rocinante tropezó con una piedra y terminó rodando por el suelo. Don Quijote cayó y, por un momento, calló. Se golpeó desde la cabeza hasta los callos de los pies y comenzó a mascullar palabras que nadie oía, mientras se magullaba partes del cuerpo que todos veían. Los comerciantes soltaron unas cuantas carcajadas y retomaron la marcha.

Largo rato estuvo don Quijote tendido sobre el camino, porque el peso de la armadura y el dolor de las lastimaduras le impedían levantarse. En esa situación, recordó que, en alguna novela de caballería, el marqués de Mantua había acudido a auxiliar a un caballero andante, y comenzó a llamarlo para que lo ayudara a él. Pero como el marqués era un personaje de ficción, fue imposible que se acercara. En cambio, el que se acercó fue un vecino, Pedro Alonso, que enseguida lo reconoció.



— Señor Quijana —le dijo — , ¿qué le ha sucedido?

—Yo no soy ningún Quijana. Soy el caballero andante don Quijote de La Mancha y acabo de mantener un combate con unos cobardes traidores.

El vecino comprendió enseguida que don Quijote no sólo tenía dañado el cuerpo, sino también la mente, porque no dejaba de repetir: "Haré que ese malvado de Frestón lo lamente". Y decidió llevarlo de regreso a su casa.

Sancho Panza se convierte en escudero

Don Quijote llegó a su casa acompañado por su vecino, que, en cuanto vio a la sobrina, le dijo:

—¿Ve? Si no lo encontraba yo en medio del camino, ¡vaya uno a saber qué sería de su tío en este momento!

Allí estaban también la empleada, el cura Paco Pérez y maese Nicolás, el barbero. Todos se sentían muy preocupados por don Quijote, que se veía lastimado y no podía ponerse de pie. Pero en cuanto lo examinaron bien, vieron que no tenía heridas graves.

—Por favor, llévenme a mi lecho y tráiganme un poco de leche y un vaso donde la echen. Y llamen a la sabia Urganda para que me dé una porción de su mágica poción que todo lo cura.

Entonces les contó que se había caído del caballo a causa de un encantamiento de su gran enemigo, el mago Frestón, mientras combatía solo contra diez gigantes descomunales.

A todos les bastó oír nombrar a Urganda, a Frestón y a los gigantes, personajes de las novelas que don Quijote solía leer, para decir:

—Ha leído tanta novela, que no ve la realidad. Y como no ve la realidad, ha convertido la realidad en una novela.

Entonces decidieron deshacerse de la biblioteca de don Quijote, atestada de libros de aventuras, caballeros, princesas, castillos y hechizos, pensando que así lo ayudarían a recuperar la razón.

Al día siguiente, cuando, ya más repuesto, don Quijote pidió sus libros, le dijeron que se los había llevado Frestón. Pero, con o sin libros, lo único que esperaba era volver a sentirse completamente bien para reanudar sus aventuras.



Mientras se recuperaba, se dio cuenta de que en su primera salida le había faltado algo esencial. Era necesario que un caballero contara con la compañía fiel de un escudero. Don Quijote pensó en todos sus conocidos y se encaminó, decidido, hacia la casa de Sancho Panza, un campesino que hacía honor a su apellido. Y con él realizó su primera conquista.



Sancho era un hombre sencillo, dedicado a labrar la tierra. Aunque era analfabeto y de poca cultura, tenía una gran sensatez. Cuando don Quijote le propuso que fuera su escudero y lo acompañara en las emocionantes aventuras que estaba a punto de emprender, Sancho se resistió. Por empezar, ni siquiera estaba enterado de la existencia de los caballeros andantes y no tenía planes de convertirse en escudero de nadie. Sin embargo, don Quijote logró convencerlo. Le aseguró que sus hazañas serían tan famosas y tan bien recompensadas que algún día los dos se volverían muy ricos y que seguramente Sancho llegaría a ser gobernador. Y con esa expectativa, Sancho cedió y se dio a la aventura.

Finalmente, una noche, ambos salieron a escondidas de sus respectivas casas, llevando unas pertenencias escasas y sin decirle a nadie que emprendían un camino en busca de proezas y gloria.

Don Quijote lucha contra los gigantes

El nuevo día los encontró en plena marcha por la llanura de La Mancha. Sancho iba montado sobre su burro, mientras soñaba con un futuro en el que no cabía el aburrimiento. Don Quijote iba sobre su caballo pensando en los cabellos de la bella Dulcinea, cuando le vinieron a los labios las palabras que leeremos a continuación. Y no le vinieron porque sí esas palabras, sino porque se parecían mucho a las que salían de la boca de los caballeros andantes de las novelas que don Quijote tanto había leído.

—Sancho, no sé qué hazañas serán las que este camino nos depare, pero seguramente no hay nada con que se comparen. No habrá maleficio ni encantamiento que yo no repare. Y te aconsejo que de mí no te separes porque mi valiente brazo será siempre el que te ampare. Pero no permitas que ninguna magia tu atención acapare. Y en este preciso instante algo me dice que acá pare.

—¿Qué sucede, señor don Quijote? ¿Por qué nos detenemos?

—¿Preguntas qué sucede, Sancho?

—Sí. ¿Por qué nos detenemos? ¿Qué sucede?

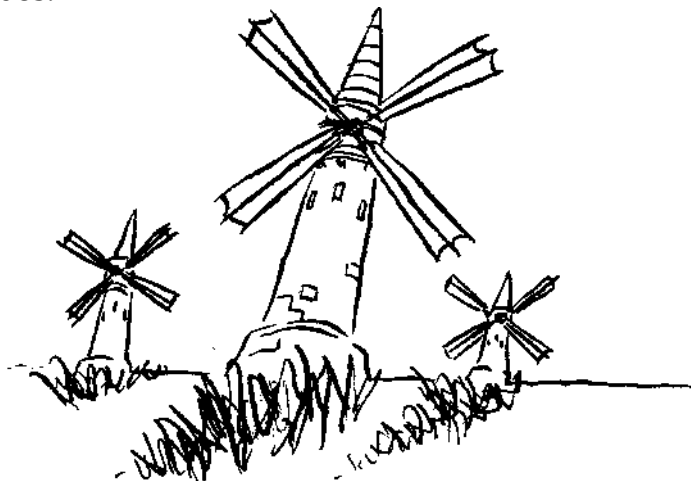
—Sucede que estamos en la sede de nuestro primer enfrentamiento, de nuestra primera hazaña, de nuestro primer escalón hacia la gloria.

—Sus palabras me producen desconcierto. Yo lo único que percibo aquí es el soplido del viento, que suena como si fuera a dar un concierto. Pero no percibo nada relacionado con la fama y la fortuna que persigo.

—Sancho, lo que dices no me sorprende, todavía tienes mucho que aprender acerca de la vida de los caballeros andantes y sus escuderos. Te digo que una gran aventura se acerca. Las cosas no siempre son lo que parecen y verás que tendremos un enfrentamiento en el que unos malvados gigantes perecen.

—¿Gigantes? ¿Dónde están, señor? —preguntó Sancho mirando hacia todos lados.

—Sancho, no te dejes engañar por las apariencias. Mira bien, allí están los gigantes. Son como treinta o cuarenta. Pero no temas. Combatiré contra ellos y los venceré a todos.



Sancho volvió a mirar a su alrededor, pero no vio ni a un solo gigante. Lo que sí vio fueron grandes molinos de viento.

—Disculpe, señor don Quijote, ¿de qué gigantes habla?

—Mira, allí está el primero. Es de altura descomunal, pero no podrá contra mí.

—Señor, eso es un moli...

—¡No! Es un gigante desalmado. Y yo lo vencería aunque estuviera desarmado. Pero si tienes miedo, hazte a un lado.

—Don Quijote, es un moli...

—¡No! ¡Es un gigante! ¡Mira sus enormes brazos!

—Le digo que es un moli...

—¡No! Es un gigante.

—¡Es un moli...

—¡No!

—Es un molino, y no tiene enormes brazos, sino aspas. Y si lo ataca, seguro que lo raspan, lo paspan y hasta le producen un ataque de caspa.

—Sancho, tú todavía no entiendes de estas cosas. ¡Son gigantes!

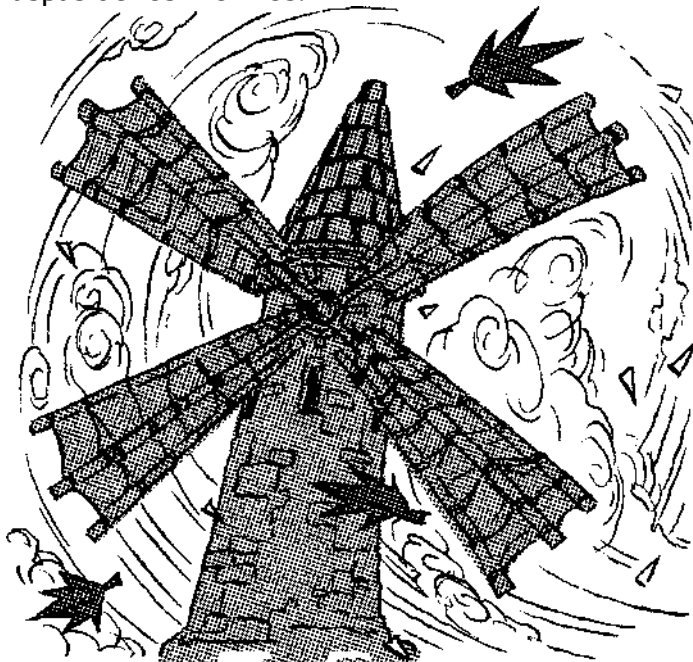
—Don Quijote, son molinos de vien...

—¡Bien sé yo que son gigantes! ¡Gigantes horripilantes, repugnantes y espeluznantes como nunca he visto antes!

—Son molinos. Y si usted se acerca, lo van a dejar bien molido. ¡Tenga cuidado! ¿Quiere que lo muelan a golpes?

—¡Qué muelas ni qué dientes! —exclamó don Quijote—. ¡Yo soy un caballero muy valiente!

En ese momento, el viento comenzó a soplar con más fuerza y a mover rápidamente las aspas de los molinos.



—¡Amada Dulcinea, me encomiendo a ti! ¡Por más que sean miles, venceré a estos gigantes viles!

Dichas estas palabras, don Quijote se abalanzó contra los molinos. Pero apenas avanzó un pequeño trecho, cuando quedó totalmente maltrecho. Una de las aspas lo atropelló y lo hizo volar por el aire con Rocinante y todo.



Sancho corrió a socorrerlo.

—Señor, le dije que eran molinos y no gigantes.

—Sancho, por favor, no digas nada. Lo que sucedió fue obra de mi gran enemigo, el sabio Frestón, que con su mala magia convirtió a los gigantes en molinos para impedirme tener la gloria de vencerlos. Pero no está dicha la última palabra y ya llegará el día en que mi espada los derrote. Ven, ayúdame a levantarme y sigamos nuestro camino. Ningún gigante me apartará de mi misión de ser un caballero andante.

Don Quijote libera a una princesa

Don Quijote y Sancho Panza prosiguieron la marcha. El primero iba bastante magullado, pero totalmente callado. Al segundo le llamaba la atención que ninguna queja saliera de sus labios. Entonces don Quijote le explicó que quejarse no era cosa de caballeros andantes ni de hombres sabios. Sancho le habló con toda franqueza y le dijo que, por suerte, él no era ninguna de las dos cosas, porque cuando tenía motivo acostumbraba llorar y quejarse sin parar. A don Quijote le conmovió ver que su escudero era un hombre capaz de ser totalmente sincero.

Iban hablando así, cuando vieron venir a dos frailes montados sobre dos mulas y, algo más atrás, una caravana de hombres a caballo y otros a pie, que escoltaban un carruaje en el que viajaba una gran dama. Los frailes nada tenían que ver con ella, sólo estaban cerca por pura casualidad.

Pero ya sabemos que los ojos de don Quijote no veían las cosas del mismo modo que los demás. Y Sancho sentía tanto respeto por su amo, que se le iba pareciendo cada día más. Para don Quijote, una fogata podía ser un dragón, y un perro podía tomar el aspecto de un león. Un gigante podía tener la apariencia de un molino de viento a causa de un simple encantamiento. Dos frailes podían transformarse en delincuentes que merecían un escarmiento. Y una mujer que iba de lo más contenta en un carruaje podía convertirse en la víctima de un rapto o de un tremendo ultraje.

Algo así fue lo que pensó don Quijote, porque no bien se le acercaron los frailes les gritó:

—¡Deténganse, bandidos, y suelten a la noble princesa que contra su voluntad llevan presa!

—Somos dos frailes de San Benito, y no hemos cometido ningún delito.

Totalmente sorprendidos, los dos religiosos intentaron tranquilizarlo y darle una explicación, pero el caballero andante no les prestó la menor atención. Sin escuchar lo que decían, se lanzó contra ellos e hizo caer a uno de la mula, mientras el otro salía corriendo con tal rapidez que parecía capaz de llegar hasta la luna.

Sintiéndose sumamente satisfecho con lo que había hecho, don Quijote agitó la lanza a troche y moche y se encaminó hacia el coche. Mientras tanto, con inocencia, Sancho se acercó al caído y comenzó a despojarlo de la ropa con que estaba vestido y de todas sus pertenencias.

Al verlo actuar de esa forma, dos de la caravana que escoltaba el carruaje corrieron a preguntarle qué hacía.

—Estoy actuando de acuerdo con las leyes de la caballería andante, según me explicó don Quijote, mi señor. Me ha dicho que las posesiones del vencido pasan a pertenecer al vencedor.

Pero como los dos hombres eran ignorantes de las leyes de la caballería andante, liberaron al fraile de inmediato y a Sancho lo golpearon y le hicieron

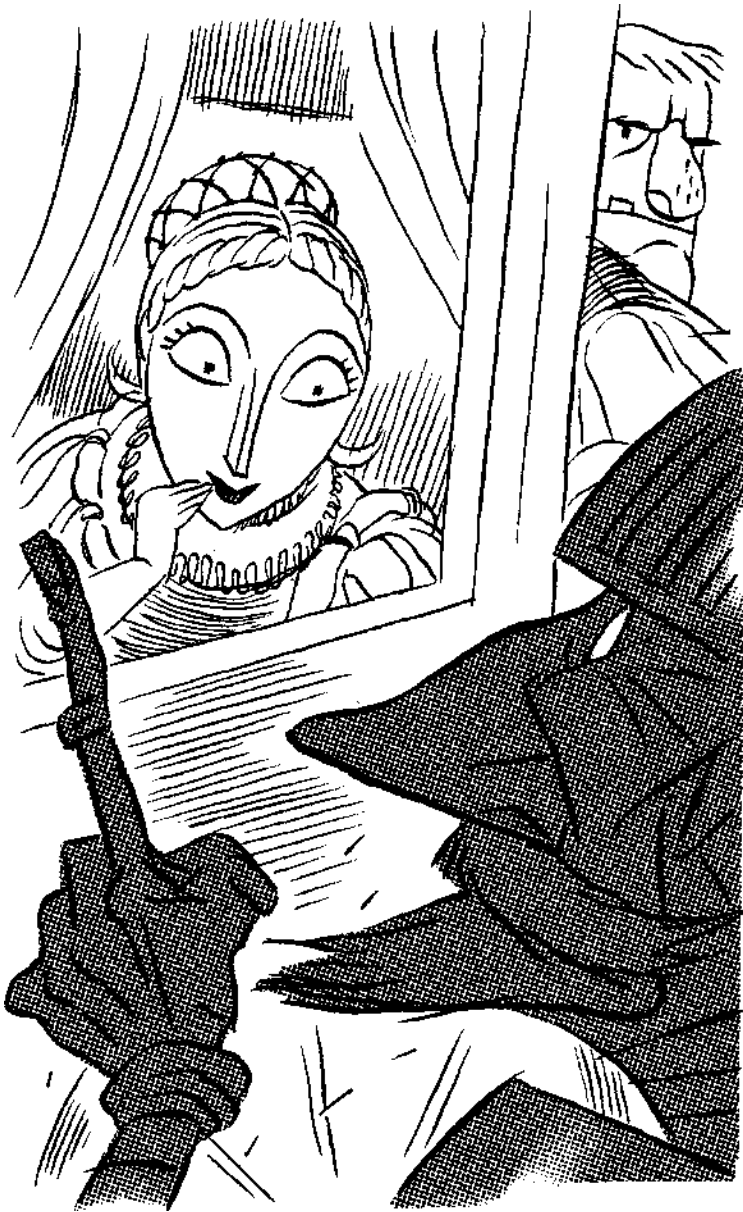
pasar un mal rato.

Mientras tanto, don Quijote había tomado posición junto al coche y hablaba con la viajera, que se preguntaba quién sería ese loco con aspecto de fantoche. Y cuando escuchó las palabras que él le dirigía, confirmó aún más su suposición: tenía enfrente a un hombre totalmente demente, de mente trastornada que había perdido la razón.

—Distinguida señora, permítame presentarme: soy don Quijote de La Mancha, su atento servidor. Y ha querido la fortuna que se encontrara usted conmigo para que yo me convirtiera en su libertador.

La mujer iba a intentar explicarle que nadie la había tomado prisionera, pero se dio cuenta de que no valía la pena decir una sola palabra a un hombre que parecía más loco que una cabra. Decidió seguirle la corriente y le agradeció su conducta valiente. Entusiasmado, don Quijote continuó:

—Ya he puesto en fuga a los desalmados que con sus armas la habían tomado prisionera y ahora es usted libre de ir adonde quiera. Pero le ruego que antes de dirigirse adonde desee, vaya al Toboso y le cuente a mi amada Dulcinea que yo acabo de salvarla a usted de unos delincuentes sumamente peligrosos. Y le pido que por favor le diga que es una hazaña más que he realizado en su honor. La mujer le dijo que, en agradecimiento a su gesto, iría con mucho gusto, aunque el viaje le demandara un gran gasto. Pero, en realidad, no tenía la menor intención de ir. En ese momento, uno de los hombres de su escolta escuchó que don Quijote le pedía que fueran al Toboso y le dijo de mal modo que se dejara de tonterías, que les permitiera seguir adelante y que terminara con esa farsa de ser un gran caballero andante. Todo eso lo dijo en tono de burla y con sorna, y don Quijote tomó sus palabras como una ofensa que atentaba contra su honra.



Un momento después, ambos desenvainaban la espada, dispuestos a perforar al otro desde el pecho hasta la espalda. Estaban a punto de trenzarse en una feroz pelea, pero antes don Quijote invocó la ayuda de su amada Dulcinea:

—Dulce Dulcinea del Toboso, dama de belleza sin igual, ayúdame a derrotar a este rival.

—Dudo mucho que esa Dulcinea del Toboso pueda impedir que usted termine en un estado desastroso. ¡Usted es un farsante! —tronó el escolta—. ¡Todo el mundo sabe que no existen los caballeros andantes!

—¡No me diga! Lo voy a partir en dos, como hizo el Caballero de la Ardiente Espada con los gigantes! —replicó don Quijote.

—¡Pero qué caballo ni qué caballero! ¡Usted es un embustero!

—¿Ah, sí? ¡Pues no le voy a dejar un hueso entero!

—¡Sepa, caballero de pacotilla, que le voy a destrozar las costillas!

—¡Usted es un fraude y de mi espada no lo salva nadie! —vociferó don Quijote.

—¡Usted es un guaso, y lo voy a dejar hecho pedazos! —gritó el escolta.

—¡Nadie vence a don Quijote de La Mancha! ¡Es como tratar de detener una avalancha!

Así estuvieron un largo rato a los gritos. Y aunque su energía era mucha, la gastaron toda y no les quedó fuerza para la lucha. Cada uno terminó yéndose por su lado, totalmente agotado.

Sancho había quedado muy mal parado después de los golpes que había recibido. Es decir, le costó mucho volver a ponerse de pie. Pero cuando se repuso, pensó que don Quijote había vencido.

—Señor don Quijote, ¿ha conquistado ya una isla o un reino para que yo gobierne?

—Sancho, esta aventura no ha resultado como tú piensas. Pero no te preocupes, ya tendrás tu isla y muchas otras recompensas. Y ahora sigamos nuestro camino y veamos qué hazañas nos depara el destino.

Don Quijote entra en una batalla

Don Quijote y Sancho Panza andaban por unos campos bastante áridos y secos. Los dos iban pensando en los ecos. En los ecos que tendrían sus formidables aventuras, que les darían fama y tesoros.

De pronto, ambos percibieron en la lejanía una gran polvareda que formaba remolinos en el aire. ¿Qué se escondería tras ella? ¿Habría una noble princesa que esperaba al bondadoso caballero que la salvaría de las garras de un malvado dragón? ¿Sería la oportunidad para que Sancho se hiciera rico o gobernara por fin alguna isla o algún reino?

Sea como fuera, don Quijote estaba seguro de que tras esa enorme nube de polvo lo esperaba un desafío al que él respondería con el valor y la entereza de un cabal caballero andante. El corazón parecía salirse del pecho por la emoción.

—¡Mira, Sancho! ¿Ves esa espesa polvareda que avanza hacia aquí? Es indicio seguro de que se nos aproxima un ejército numerosísimo. Se acerca el momento de entrar en acción. Los venceremos y nos cubriremos de gloria.

—¿No podríamos cubrirnos con algo más útil? Yo necesito nuevas ropas, las que tengo ya no dan más.

—Derrotaré a tantos enemigos y obtendré tantos tesoros, que podrás comprar toda la ropa que quieras, y de la mejor tela. Te la prometo.

—¿Tela promete? Prométame también riqueza.

—Te la prometo, y me refiero a la victoria, Sancho. Las ropas y los reinos vendrán con ella. Y muchas otras recompensas que ni te imaginas. Recuerda lo que te dije: algún día serás gobernador.

—Mire, señor: son dos las polvaredas. Además de la que vimos, hay otra. Y parece que fueran a embestirse. ¡Y yo justo hablando de vestirme mejor!

—Es cierto, Sancho. Esta vez la vista no te ha engañado. Porque son dos ejércitos. Y ahora veo claramente que el rey Pentapolín está al mando de uno. Y que a la cabeza del otro va su famoso enemigo, el emperador Alifanfarón.

—Señor, me maravilla que pueda ver tanto. A mí, la polvareda no me permite ver nada.

—Sancho, lo que te impide ver es el temor y no la polvareda. Mira con atención y verás al valiente Pentapolín que esgrime su espada contra un batallón. Tienes que deshacerte del miedo, porque no es más que un estorbo.

—Está bien. Pero no veo ningún batallón, sólo una gran nube de polvo. ¿Y por qué pelean esos dos señores?

—Es por la hija de Pentapolín, con la que Alifanfarón quiere casarse. Pero ella no lo ama, y Pentapolín no permitirá ese matrimonio. ¡Y ya basta de charla! ¡Es hora de que yo acuda en ayuda de Pentapolín! Los caballeros andantes siempre combatimos a favor de las causas nobles. De modo que ven conmigo o quédate a un lado.

—Espere, señor. ¡Ahora puedo distinguir con claridad! No son ejércitos, sino dos manadas de ganado. En una vienen ovejas, y en la otra, carneros.

—¡Sancho! ¡No permitas que te confunda el temor! ¿Acaso no oyes el relincho de los caballos y el redoble del tambor?

—Señor, sólo oigo balidos.

—¡Qué baladas ni qué balidos! ¡Son latidos! ¡Los latidos de mi corazón, que no ve la hora de entrar en la batalla!

—Don Quijote, lo que usted no ve es que no son ejércitos, sino rebaños de ganado. ¿No oye sus balidos?

—¡Qué baladas ni qué balidos! El miedo te hace confundir los sonidos.

—Don Quijote, lo único que se oye es el balido de los carneros y las ovejas.

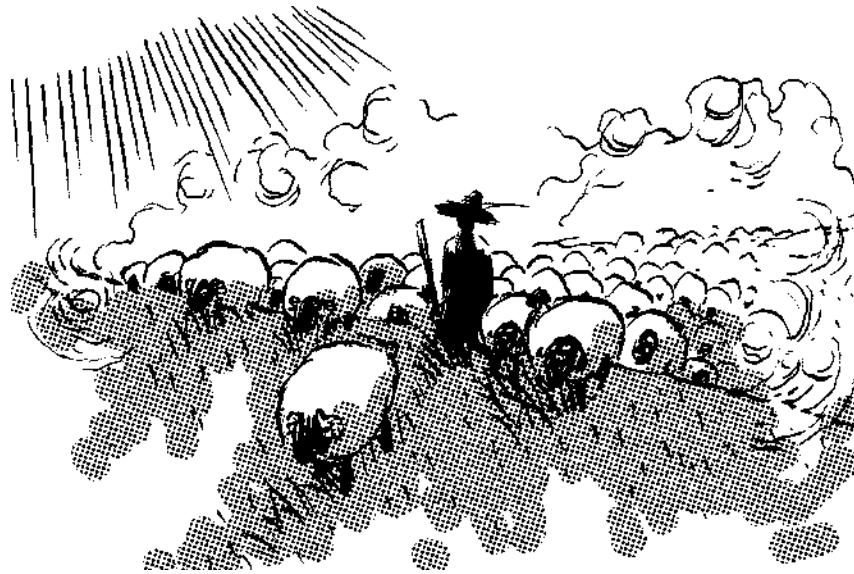
—¡No te dejes engañar, Sancho! El temor te altera las orejas.

—Señor, por favor, no saque la espada. No son ejércitos, son sólo unas manadas.



—Sancho, por favor, déjame tranquilo y calla, porque voy a entrar en la batalla. ¡Prepárate para mi lanza y mi espada, malvado Alifanfarón! ¡No te casarás con una princesa que te niega el corazón! ¡Te voy a convertir en un montón de aserrín! ¡Nunca serás el novio de la hija de Pentapolín!

—¡Deténgase, don Quijote! ¡Qué novio ni qué novio! Me parece que usted no vio... ¿No vio que allí no hay novio, ni reyes, ni ejércitos? Tampoco hay Alifanfarón ni Pentapolín al mando de batallones de guerreros. Sólo hay unos pastores con muchas ovejas y carneros.



No hubo manera de que Sancho convenciera a don Quijote, que se sintió llamado para combatir por la justicia y arremetió con su lanza contra las ovejas y los carneros como si fueran sus enemigos mortales y no unas manadas de pacíficos animales.

Los pastores estaban horrorizados y no entendían nada de nada. La lanza de don Quijote ya había dado muerte a unas cuantas ovejas, cuando intentaron detenerlo con ruegos y alaridos. Pero no lo lograron. Tampoco los perros con sus ladridos. Lanza en mano, siguió atravesando con sus furiosas estocadas a los carneros y a las ovejas, mientras los pastores se deshacían en quejas.

Entonces uno de los pastores le gritó:

—¡No te salvarás aunque reces! ¿Por qué has dado muerte a mis reses?

En ese momento, las súplicas y los gritos con que trataban de calmar a don Quijote se transformaron en pedradas y cascotazos que cayeron sobre él en una avalancha que puso fin a las maniobras de su lanza.

Tantos fueron los golpes que don Quijote recibió, que terminó cayendo al suelo totalmente desplomado. Los pastores lo creyeron muerto, dejaron de tirarle piedras y se fueron.

Sancho Panza se acercó a don Quijote y se lamentó con estas palabras:

—¿Por qué no me hace caso alguna vez? ¡Le dije que eran ovejas y carneros!

—Sancho, te digo que era un ejército de caballeros —murmuró don Quijote con un hilo de voz—. Te vuelvo a decir: no te dejes engañar por las apariencias. Por un instante tuvieron el aspecto de un rebaño a causa de mi enemigo Frestón y sus brujerías, que no quiere verme vencedor. Pero si los siguieras ahora, verías cómo, apenas se alejan de nosotros, vuelven a ser hombres armados. De todos modos, no los sigas. Porque estoy un poco lastimado y necesito de tu ayuda para volver a ponerme de pie.

Don Quijote conquista el yelmo de Mambrino

Don Quijote y Sancho avanzaban por el camino. ¿Qué nueva aventura les esperaba? Don Quijote iba pensando en que dedicaría su próxima hazaña a Dulcinea del Toboso, y en que pronto su nombre sería pronunciado en todas partes con admiración. Sancho se preguntaba si faltaría mucho para que lograra ser gobernador de una isla.

El día estaba nublado y comenzaron a caer unas gotas, justo cuando Sancho empezaba a preocuparle que la comida se les agotara.

De pronto, vieron venir a un hombre montado sobre un asno, con la cabeza cubierta por un objeto que brillaba como el oro. Cuando don Quijote lo vio, empezó a repetir como un loro:

—¡El yelmo de Mambrino! ¡El yelmo de Mambrino! ¡El yelmo de Mambrino!

Y faltó poco para que el corazón se le saliera del pecho por la emoción. Y para que a Sancho se le salieran los tímpanos por los alaridos que soltaba don Quijote mientras saltaba de alegría.

—¿Qué es eso del yermo de Mambrino? —preguntó Sancho.

—*Yelmo*, Sancho, *yelmo*, no *yermo* —lo corrigió don Quijote.

—¿Y yo qué dije?

—*Yermo*. Y eso es algo completamente distinto.

—Está bien. Entonces, ¿qué es eso del yerno de Mambrino?

—*Yelmo*, Sancho, *yelmo*, no *yerno*.

—¿Y yo qué dije?

—*Yerno*. Y eso también es algo completamente distinto. Yo estoy hablando de un *yelmo*, con "ele".

—¿Usted está hablando de un yelmo con Ele? ¿Quién es Ele? ¿Eleonor? ¿Eleodoro? Yo creía que usted estaba hablando conmigo. Pero ¿me puede decir con quién está hablando? ¡Lo único que falta es que su enemigo, el mago Frestón, me haya hecho un encantamiento para que yo no vea con quién habla usted!

—Sancho, ¿qué te pasa? Estoy hablando contigo. Y esto es lo que te digo: que estoy hablando de un *yelmo*, con "ele", no de un *yermo* con "erre" ni de un *yerno* con "ene".

—¿Qué ene...? ¿Enemigos? ¿Dónde están?

—¡Sancho! ¿Es que no conoces las letras? ¿No sabes nada de lo que hay entre la "a" y la "zeta"?

—Lo siento, señor don Quijote. Pero yo no sé leer ni escribir.

—¡Qué pena! Pero no te preocupes: la ignorancia es un mal que tiene cura. Puedes aprender. Recuerda que algún día alguien va a escribir nuestras aventuras, y seguramente las vas a querer leer. Además, cuando seas gobernador, si sabes leer y escribir, te irá mejor. Pero ahora tenemos que ocuparnos de ese caballero que se acerca. Lleva puesto sobre la cabeza el famoso yelmo de

Mambrino.

—¿Qué es eso del yelmo de Matambrino, don Quijote?

—¡Mambrino, Sancho, no *Matambrino!* ¿Qué te sucede? ¿Es que estuviste bebiendo vino? —exclamó don Quijote.

—Prefiero que sea Mambrino y no Matambrino — dijo Sancho —. Porque Matambrino me suena a matambre, y de sólo pensarlo, me da hambre.

—Y a mí la posibilidad de perder ese valioso yelmo me da calambre.

—Don Quijote, para mí ese yelmo no vale más que un pedazo de alambre. ¿No le parece que sería mejor sentarnos a comer un poco de queso y fiambre?

—Sancho, es muy especial el yelmo que lleva ese audaz caballero sobre la cabeza. Y realmente me interesa. Es un yelmo de oro que fue hecho hace tiempo para Mambrino, un moro. Su valor no reside sólo en que está hecho de metal precioso, sino en que otorga poderes mágicos a quien lo use y le permite salir siempre victorioso. Y pronto verás cómo me convertiré en su dueño y lograré cumplir todos mis sueños.

—Don Quijote, yo creo que ese hombre no es un audaz caballero. Me parece que es un simple barbero.

—¿Un simple barbero? Lo que estás diciendo es una barbaridad.

—Y creo que lo que lleva sobre la cabeza no es un yermo, eh, un yerno, perdón, un yelmo. Para mí es solo una palangana que se puso sobre la cabeza para que la lluvia no se la mojara. Y dudo que sea de oro. Yo diría que es de lata.

—Sancho, tu ignorancia te delata y te hace meter la pata. El yelmo de Mambrino está hecho del metal más precioso, y me convertirá en el caballero más poderoso. Y deja ya de distraerme, porque no puedo dejar pasar esta oportunidad.



Después de decir estas palabras, don Quijote se dirigió al hombre que se acercaba por el camino, que, por supuesto, era un barbero y no un audaz caballero.

—Quédese quieto, no dé un paso más ni hacia adelante ni hacia atrás. Entrégueme ya mismo el yelmo de Mambrino y sepa que no dárme lo sería un desatino.

El barbero se asustó tanto al ver a don Quijote con su armadura, su lanza, su espada y su chifladura, que se bajó inmediatamente del asno que montaba, dejó caer la palangana que llevaba sobre la cabeza y huyó corriendo.

Don Quijote se sintió feliz de haber logrado rápidamente lo que se proponía. Le pidió a Sancho que le alcanzara el yelmo y se lo colocó sobre la cabeza. Al darse cuenta de que le quedaba muy grande, dijo:

—Ha de haber sido enorme la cabeza de Mambrino, porque a mí su yelmo me baila por todas partes.

—Señor —dijo Sancho—, si usted tomó posesión del yelmo, ¿no podría yo hacer lo mismo con el asno que quedó abandonado por su dueño?

—De ninguna manera, Sancho. No es lo mismo un yelmo mágico que un asno. No sería propio de caballeros. Sigamos nuestra marcha, porque nuestras hazañas las espera el mundo entero.



ACTIVIDADES

Para comprender la lectura

Estas actividades los ayudarán a comprender las historias que leyeron.

1. RASTREEN. En el capítulo 1 nos enteramos de que los protagonistas de las novelas que leía don Quijote "eran aventureros que iban de un lado a otro movidos por el afán de hacer justicia, conquistar el amor de una princesa, descabezar a un dragón, derrotar gigantes, deshacer encantamientos y entrometerse en toda situación que les pudiese deparar fama, renombre y fortuna". Busquen en los capítulos siguientes y señalen en el libro cuáles de estas acciones realiza don Quijote en las aventuras que aquí se narran.
2. JUSTIFIQUEN. Según el narrador, don Quijote era "monotemático", es decir, estaba interesado por un único tema. Expliquen la afirmación del narrador.
3. COMPAREN. Lean el siguiente fragmento, tomado del *Amadís de Gaula*, una novela de caballeros andantes, que se publicó en España a comienzos del siglo XVI. ¿Con qué aventura de don Quijote se relaciona?

Un día, sintiendo el doncel que podía tomar armas, se dirigió hacia el rey, que estaba en la huerta, y arrodillándose le dijo:

—Señor, si os agradase, sería tiempo de que yo fuese caballero.

—¿Cómo, Doncel del Mar? ¿Ya os esforzáis por ser caballero? Sabed que quien quiere tener este nombre de caballero debe hacer cosas muy peligrosas; y si por miedo deja de hacerlas, más le valdría la muerte.

—Si no tuviese el propósito de cumplir lo que habéis dicho, no se esforzaría mi corazón por serlo.

El rey mandó que le preparasen las armas y todo lo necesario...

GARCI RODRÍGUEZ DE MONTALVO, *Amadís de Gaula*

4. COMENTEN. A lo largo del relato, varios personajes dicen que don Quijote está loco. Discutan con sus compañeros:
 - ¿En qué consiste la locura de don Quijote?
 - ¿Por qué se volvió loco?
 - ¿Todos reaccionan del mismo modo ante su locura?
5. RELACIONEN. En sus aventuras, don Quijote confunde la realidad que lo rodea con los elementos que aparecen en las novelas de caballeros andantes. Unan con flechas, relacionando lo que don Quijote encuentra con lo que él cree encontrar:

posada	gigantes
campesinas	ejércitos
posadero	castillo
comerciantes	yelmo de oro
molinos de viento	princesas
frailes	gran señor
rebaños	caballeros andantes
palangana de lata	delincuentes

6. EXPLIQUEN. Según el narrador, Sancho Panza, "aunque era analfabeto y de poca cultura, tenía una gran sensatez". Conversen con sus compañeros: ¿por qué les parece que Sancho, a pesar de su sensatez, acepta acompañar a don Quijote? Traten de fundamentar sus respuestas con ejemplos tomados de la historia.

7. INTERPRETEN. A lo largo de todo el relato aparecen varios equívocos y juegos de palabras. Elijan uno de los siguientes y expliquen en qué consiste el juego:

- *Como no ve la realidad, ha convertido la realidad en una novela.*
- *Sancho cedió y se dio a la aventura.*
- *Es un gigante desalmado. Y yo lo vencería aunque estuviera desarmado.*
- *Don Quijote cayó y, por un momento, calló.*

Para escribir

Estas son algunas propuestas para escribir a partir de las historias que leyeron.

1. **INVENTEN UNA HISTORIA.** Imaginen lo que podría sucederle a un fanático de un superhéroe de historietas, si confundiera la realidad con la ficción. Narren una aventura divertida basada en esa confusión.

2. **ESCRIBAN UNA CARTA.** Imaginen que don Quijote decide escribirle a Dulcinea para contarle las proezas que él lleva a cabo en su honor. Piensen: ¿qué cosas le contaría?, ¿cómo se dirigiría a su amada?, ¿qué sentimientos expresaría? Luego de reflexionar sobre estos temas, escriban la carta a Dulcinea.

3. **ESCRIBAN A PARTIR DE EQUÍVOCOS.** A veces, las palabras pueden originar confusiones que se aprovechan para obtener un efecto humorístico. Inventen diálogos donde se produzcan malentendidos y juegos relacionados con el uso de las palabras. Tengan en cuenta las siguientes posibilidades:

- **Homónimos.** Por ejemplo: *banco* (asiento) / *banco* (institución financiera); *calle* (sustantivo) / *calle* (verbo).
- **Parónimos.** Por ejemplo: *Asia* / *hacia*; *tuvo* / *tubo*; *casado* / *cazado*, etcétera.
- **Separaciones entre las palabras.** Por ejemplo: *mi prima verá al amigo* / *mi primaver al amigo*.
- **Rimas. Por ejemplo:** *pariente independiente*; *estofado de venado*; *cucaracha borracha*.

4. **ESCRIBAN UNA OBRA DE TÍTERES.** Elijan un episodio de este libro y escriban un diálogo a partir de él, para representarlo con títeres. Decidan cuáles serán los personajes y dibujen bocetos para caracterizarlos en forma de títeres. Armen los títeres y representen la obra que escribieron.

Para integrar

TECNOLOGÍA

INVESTIGUEN. En la época en que Cervantes escribió el *Quijote*, los libros impresos eran un "invento" bastante reciente. Lean el siguiente texto y luego busquen información complementaria para resolver las consignas:

Hasta el siglo xiv, los libros fueron manuscritos. En ese siglo y la primera mitad del siguiente, comenzó a utilizarse la xilografía (una técnica que consistía en tallar el texto en una plancha de madera, que luego se entintaba como si fuera un sello) para imprimir imágenes de santos, juegos de cartas, calendarios y hojas sueltas. Pero el método resultaba incómodo y sólo permitía imprimir publicaciones de pocas páginas.

El problema se resolvió con el descubrimiento de que los textos se podían componer a partir de tipos sueltos y con la invención de un instrumento y un procedimiento para fundirlos. El nuevo sistema fue desarrollado por Johann Gutenberg en Alemania. En 1454 quedó terminada la obra que se consideraría el primer libro impreso de Occidente: la Biblia latina.

Pedro Saccaggio (editor). *Ciencias Sociales 8*. Buenos Aires, Estrada, Serie Entender, 2004.

- ¿Qué tecnologías para conservar la escritura se utilizaron a lo largo de la historia?
- ¿Qué ventajas tenían los libros impresos con respecto a los manuscritos?
- ¿Cómo funcionaba la imprenta de Gutenberg? ¿Qué significa que "los textos se podían componer a partir de tipos sueltos"?
- ¿Cómo funcionan las imprentas en la actualidad?
- ¿Cuáles eran las novelas de caballeros andantes más famosas en la época de Cervantes? ¿Tenían éxito?
- ¿Por qué la invención de la imprenta contribuyó a difundir la alfabetización?

Primera edición, primera reimpresión.
Esta obra se terminó de imprimir en julio de 2006,
en los talleres de Indugraf S.A., Sánchez de Loria 2251,
Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina.
